

se presentaron en el campo de batalla, y habían sido ya casi rechazadas cuando los regimientos de Tarutino y Borodino, adelantándose al cuerpo de ejército de Pavlof, entraron en línea; y á su vez los batallones de Tarutino y Borodino estaban ya fuera de combate cuando Pavlof libró su segundo ataque. Todas estas desventajas hubieran quedado tal vez compensadas si el príncipe Gortchakof, en su diversión hacia Balaklava, hubiese atraído sobre sí el cuerpo de observación francés. Pero ya hemos dicho de qué manera fracasó esta maniobra. Entre los ingleses y los rusos igualmente extenuados, Bosquet pudo intervenir á tiempo, y con sus tropas descansadas decidió la victoria.

Mientras los batallones rusos volvían á Sebastopol ó á su vivaque al otro lado del Tchernaiá, los coches del tren y de las ambulancias recorrían la meseta, ya invadida por las sombras de la noche, y empezaban á recoger á las víctimas. No se vió nunca tarea más laboriosa ni más lamentable. Se habían batido en tan reducido espacio, que en muchos sitios el suelo desaparecía bajo un verdadero montón de muertos y heridos. Sobre todo cerca de la *batería de los sacos de tierra* el horror de la escena desafiaba toda descripción. «¡Qué matadero!» exclamó el general Bosquet pasando por aquellos desolados sitios (1). La palabra quedó, y la fortificación inglesa fué llamada la *Batería del Matadero*. Hasta de los partes oficiales se desprende una impresión de dolorosa piedad. «No vi nunca espectáculo igual al del campo de batalla.» Así hablaba lord Raglán, aquel veterano de las grandes guerras (2). Al cabo de algunos días, los datos de los regimientos y de las ambulancias permitieron sumar las pérdidas. De 8.200 hombres entrados en acción, los franceses habían tenido, aparte de la brigada de Lourmel, 793 bajas entre muertos y heridos. Los ingleses, que habían concentrado en Inkermann todas sus fuerzas disponibles, á excepción de la brigada Eyre, dejada en el bloqueo, y la brigada John Campbell, reservada en Balaklava, contaban 2.816 hombres fuera de combate. En cuanto á los enemigos, de 34.000 combatientes, había 2.988 muertos y 6.151 heridos. A estas cifras, ya tan espantosas, las estadísticas rusas añadieron 1.590 hombres desaparecidos. ¿Eran desertores? El ejército ruso contaba pocos. ¿Prisioneros? Hicimos muy pocos. Un lúgubre descubrimiento aclaró más tarde, en parte al menos, este misterio que viene á ser el sombrío epílogo de la terrible batalla. En la primavera de 1856, recién concluída la paz, sucedía á menudo que franceses é ingleses, saliendo de su vivaque, subían á las alturas de Inkermann, ya para ver el sitio de sus luchas, ya para decir un último adiós á los que allí descansaban para siempre. Con frecuencia no se limitaban á esta piadosa peregrinación: excitados por la curiosidad y aprovechando la seguridad conquistada, bajaban por las escarpaduras de la meseta hasta el valle del Tchernaiá. Allí, en las fragosidades de las rocas, aparecían trozos de armas y montones de restos humanos. Entonces se acordaron de la carga de los zuavos y de los cazadores argelinos, que en su furioso empuje habían precipitado al abismo sus enemigos acorralados en las crestas extremas de la montaña. Hasta en-

(1) Fay, *Souvenirs de Crimée*, pág. 127.

(2) Parte del 8 de noviembre.

tonces las hostilidades habían impedido explorar aquellos barrancos barridos por los proyectiles de ambos ejércitos. Entonces nuestros valientes enemigos pudieron completar su necrologio. Aquellos humildes y gloriosos huesos, lavados por la lluvia, blanqueados por el sol, y pronto piadosamente encerrados en sepulturas públicas, eran los restos de los soldados de Selenghinsk, muertos en la jornada del 5 de noviembre «por el zar y por la patria.»

VII

Por gloriosa que fuese la victoria, lejos de aumentar las esperanzas, disipaba las ilusiones. El día antes de la batalla se había tratado de un próximo asalto contra el baluarte del Asta, y la opinión general se había pronunciado por la acción. El día 6 de noviembre celebróse un nuevo consejo y se acordó aplazar la empresa, tan arriesgada parecía en presencia de un enemigo superior en número é igual en valentía. Lo más urgente era poner la meseta de Inkermann al abrigo de una nueva sorpresa, á cuyo efecto se construyeron tres nuevos reductos que se llamaron el *Reducto del 5 de noviembre*, el *Reducto de los Ingleses* y el *Reducto del Faro*. Además, para compensar lo débil de los efectivos ingleses, se decretó que el coronel Cler, con el 2.º de zuavos y el 3.º de infantería de marina, sería destacado del cuerpo sitiador y establecería su vivaque en medio de los campamentos británicos. Tomadas estas medidas urgentes, adoptóse un programa puramente defensivo. Frustrar con cuidado todo ataque, continuar con paciencia las obras de sitio y esperar refuerzos de Francia: tales fueron las grandes líneas de este programa. Era un plan muy prudente, y el mejor sin duda hasta completar nuestros recursos: pero, á juzgar por las simples apariencias, parecía algo modesto para victoriosos.

Los jefes subalternos y hasta los mismos soldados se hacían cargo de la situación. «Pasaremos el invierno en Crimea,» murmuraban entre dientes. Durante mucho tiempo habían esperado que todo terminaría con una batalla decisiva: la batalla había tenido efecto, pero no había hecho más que asegurar nuestras posiciones sin comprometer las del enemigo. Las noches eran ya largas y frías; la lluvia hacía penosos los transportes y los servicios: el sol, tan raro como pálido, carecía ya de fuerza para absorber la humedad de la meseta y secar los aguazales de los barrancos. Ante la perspectiva de la mala estación se oprimían los corazones. No era la nostalgia, ni menos el desaliento, sino una impresión algo sombría que contrastaba con la ordinaria indolencia del soldado.

El invierno se anunció con un huracán terrible, un verdadero ciclón, fenómeno extraordinario, aun en aquellas costas tan azotadas por las tempestades.

El 13 de noviembre, á la caída de la tarde, el cielo adquirió de pronto un tinte lívido y siniestro; el mar batió violentamente la costa; las nubes, bajando sobre la meseta y corriendo casi ras con ras del suelo, produjeron una noche anticipada. Llegada la noche, cada cual se acurrucó en su tienda, no sin ansiedad. La realidad excedió á todos los temores. El 14, á eso de las cuatro de la mañana, la tormenta que amenazaba desde la víspera estalló. Un viento espantoso, entrecortado

por los truenos y mezclado con granizo y torrentes de lluvia, barrió los vivaques, rompiendo las telas, dispersando las ropas y sacudiendo hasta las casas. Al amanecer aumentó todavía la tempestad. Pronto algunas tiendas, más sólidamente instaladas que las otras, quedaron solas en pie: todo lo demás yacía por el suelo ó volaba á merced de los torbellinos. Oficiales y soldados, privados de abrigo, doblados y derribados á veces por el huracán, se buscaban, se llamaban unos á otros y apelaban á todas sus fuerzas para resistir á los elementos. Unos se arrastraban hasta algún repliegue del terreno ó buscaban alguna quebradura de barranco para refugiarse: otros se obstinaban en recoger sus ropas, pobres riquezas cuidadosamente guardadas y únicos recursos contra las intemperies futuras. Los hombres de servicio en el cerco no eran menos dignos de lástima: el agua hacía irrupción borboteando en las trincheras, y era de temer que, desmoronándose las tierras, se echasen á perder todas las obras. El ciclón hacía otras víctimas más dignas de compasión: los enfermos ó heridos cuyas tiendas ó cobertizos de tablas habían desaparecido; devorados por la fiebre, sumergidos en su lecho, sofocados por la violencia de las ráfagas, los infelices daban terribles gritos de angustia: algunos camaradas les transportaron á duras penas á las tiendas indemnes, arrancándoles á una muerte inevitable.

Aquellos á quienes no absorbía el sentimiento de sus propios sufrimientos volvían los ojos hacia el mar, donde el riesgo era más terrible. En la misma rada de Sebastopol los barcos rusos estaban en peligro. ¿Qué no sucedería en alta mar ó en las costas? Súpose más tarde el número de averías y naufragios. En aquel funesto día nuestra marina mercante perdió varios buques, y la marina de guerra no fué menos castigada, pues el navío *Enrique IV* y la corbeta á vapor *Plutón* embarrancaron en la costa cerca de Eupatoria. En cuanto á los ingleses, la fortuna les fué más adversa todavía: de los navíos británicos, muchos naufragaron sin que se salvaran las tripulaciones; uno de ellos, el *Príncipe*, llevaba el dinero para las pagas y un cargamento de trajes de lana, cargamento mucho más precioso para aquellas pobres tropas condenadas al rudo invierno del Quersoneso.

Y el invierno se había adelantado. A partir del 14 de noviembre, la lluvia reinó durante varias semanas con raras interrupciones. «El Quersoneso, escribía el coronel Cler, parece el fondo de un estanque apenas vaciado; nuestros vivaques se hallan convertidos en aguazales, los caballos muertos cubren la tierra, y todo ofrece el aspecto de la desolación (1).» A la lluvia siguió el hielo, luego la nieve y por último un deshielo aún más incómodo que el frío.

¡Calcúlese cuánto se sufriría en aquella meseta abierta á todos los vientos! Los aliados se habían embarcado en la primavera, y no se había tomado precaución alguna para una campaña de invierno. Gran parte de los débiles recursos de que se disponía habían sido dispersados ó inutilizados por el ciclón del día 14. Al tener noticia de semejante penuria, Francia se apresuró á encargarse capotes, fajas de lana, calzado y objetos de campamento, pero había que ejecutar los encargos, reunir-

los y expedirlos; había que contar con los retrasos de los transportes marítimos y con las frecuentes tempestades del Euxino; de modo que los socorros no iban á llegar sin duda sino cuando hubiesen pasado las necesidades más urgentes.

A la falta de ropa de abrigo se unió la carencia de combustible. Inexpugnables en las alturas de la península, los aliados no podían bajar de ella sin peligro: de aquí la imposibilidad de esos servicios á larga distancia que en otras guerras han proveído al sostenimiento de los ejércitos. Para la lumbre no tenían más recursos que los cargamentos inciertos é insuficientes de los buques ó los escasos árboles de la meseta. Pronto hubieron talado todo el bosque, á excepción de los tallares reservados por la artillería para sus faginas: echaron mano después de las más insignificantes malezas, desenterraron los troncos de las viñas y utilizaron las tablas y cajones viejos. Toda esta paciente industria proporcionaba apenas los medios de cocer el rancho. Y el frío aumentaba, y con él los sufrimientos. En París impresionaron aquellas privaciones. A mitad del invierno llegaron al Quersoneso magníficas estufas, cuando no había ya nada para alimentarlas.

El transporte de víveres y sobre todo de municiones de guerra constituía otro problema de los más graves. Desde Marsella hasta Kamiesch nada había que temer, exceptuando las tempestades; pero desde Kamiesch hasta el campamento había siete ú ocho kilómetros, y los caminos, estropeados por las lluvias, hacían los acarreos casi impracticables. Hubo convoyes de artillería que emplearon varios días desde el puerto de desembarque hasta el parque grande, y desde este parque hasta las baterías era necesario un nuevo esfuerzo. Mal alimentados, extenuados de fatiga, mal protegidos contra la humedad ó el frío, los caballos sucumbían en masa, de modo que cuanto más obstáculos ponían las intemperies á los transportes, más escaseaban las caballerías. Los servicios, con frecuencia mortales para los caballos, eran peligrosos para los hombres. Pero de todos los servicios el más agravado por la estación era el de las trincheras. Era penoso para los soldados de guardia, ateridos y abrumados de fatiga, y lo era mucho más para los zapadores que cavaban la tierra fangosa ó endurecida bajo la nieve, teniendo que ejercer doble vigilancia contra el enemigo, siempre dispuesto á lanzarse fuera de sus murallas, y contra los elementos, casi tan temibles como el enemigo.

Al principio estas tristezas y sufrimientos no parecieron influir en el estado sanitario. Hasta sucedió que el cólera, bastante violento en septiembre y octubre, disminuyó durante los dos meses siguientes y no causó más que insignificantes pérdidas (2). Los más optimistas decían que la juventud reemplaza á los abrigos, y esta idea les tranquilizaba. La ilusión duró poco. Al bajar la temperatura, los médicos vieron afluir enfermos, unos atacados de disentería y otros de afecciones pulmonares; luego la ausencia de todo alimento vegetal engendró el escorbuto: más tarde presentóse el tífus, aunque por fortuna no tomó incremento. En lo más riguroso del invierno empezaron á presentarse casos de

(2) Las defunciones cólericas fueron 289 en octubre, 129 en noviembre, y 88 en diciembre (Scribe, *Reseña médico-quirúrgica*, páginas 127, 131 y 136).

(1) Correspondencia inédita.

congelación, y éstos se multiplicaron en poco tiempo al extremo de causar vivas inquietudes. A los hombres menos atacados se les cuidaba en las tiendas, y á los demás se les enviaba á las ambulancias. Estas se vieron pronto atestadas de enfermos, y la aglomeración ocasionó fiebres infecciosas. Se remediaba á estos apuros enviando heridos y enfermos á Constantinopla, cuyo número fué de 3.742 en noviembre, 2.949 en diciembre, y 6.131 en enero (1). La mayor parte eran víctimas de las influencias mórbidas del clima. A cada viaje sucumbían muchos en la travesía. La intendencia había dispuesto vastos hospitales en los puntos más sanos de Constantinopla, tomando sin contemplaciones lo que la inercia turca no se resolvía á dar. «Los franceses no son dueños de Sebastopol, decían los musulmanes con plácida ironía; pero en cambio lo son de Constantinopla.» Sólo allí los enfermos y los heridos encontraban un clima mejor y el descanso de sus fatigas. La Francia católica, para dulcificar los males de la guerra, había enviado hacia el ejército de Oriente sus admirables Hermanas de San Vicente de Paúl. Estas se habían detenido en el Píreo para asistir á los coléricos de la brigada Mayrán, y á los griegos por añadidura; después se las había visto en Gallípoli y en Varna; algunas estaban ya en Crimea; pero la mayor parte se hallaban reunidas en Constantinopla, donde prodigaban á las víctimas de la guerra los recursos de su caridad y la radiante alegría de su sacrificio. No les faltaron imitadoras. A la noticia de los combates crueles y de las epidemias más crueles que los combates, muchas nobles hijas de la Gran Bretaña se habían estremecido de piedad. Una de ellas, miss Nightingale, había reclutado algunas compañeras y acababa de llegar con ellas á Constantinopla para cuidar á los soldados de su nación, para hablarles la lengua de la patria y sobre todo el lenguaje del Evangelio. Santo estímulo de abnegación que enaltece el alma, que commueve y hace olvidar por un momento el horror de la sangre vertida.

No sin razón la Inglaterra cristiana acudía á socorrer á sus hijos. Los sufrimientos de nuestros aliados excedían á los nuestros. Las terribles pérdidas de las dos últimas batallas habían producido una impresión indeleble. Las calamidades del invierno, abrumando á los regimientos debilitados, completaron rápidamente la obra de los rusos. Todo contribuyó á agravar el desastre. Desde 1815 Inglaterra no había hecho la guerra en el continente, y muchos creían que no volvería á hacerla; de aquí un desuso general de todas las instituciones militares. Los demás países tienen una administración que atiende al campamento, á las subsistencias, á los hospitales; á menudo es imperfecta, pero al menos funciona: en Inglaterra la administración militar no existía más que en el papel. Nuestros aliados ni siquiera sabían utilizar sus insuficientes recursos, pues la extrema división del trabajo, habitual en su país, hace que el inglés lo ignore con frecuencia todo, excepto su profesión en que sobresale. El soldado inglés era admirable un día de batalla; pero no sabía encender lumbre, ni preparar los alimentos, ni lavar la ropa, ni prestar los servicios de cuartel; y por falta de estos cuidados vulgares, los hombres, mal alimentados ó desaseados, estaban más

(1) Scrive, *Relation médico-chirurgicale*, págs. 131, 136 y 139.

expuestos á contraer enfermedades y sucumbían tristemente en las ambulancias. A los primeros apuros se apeló á las inagotables riquezas de la madre patria. Pero, por poderosa que fuese, no le estaba dado á Inglaterra el acortar las distancias; á menudo los buques llegaban demasiado tarde, y á veces se perdían en la travesía, como le sucedió al *Príncipe*. Para animar á las tropas no se podía contar mucho con los jefes: éstos, muy caballeros, correctos en todo, intrépidos en la acción, vivían sin contacto con sus subordinados, á quienes no conocían; muchos dormían á bordo de los buques; hubo algunos que á la entrada del invierno regresaron á Inglaterra y se les vió ocupar su puesto en el Parlamento. A medida que aumentaban los rigores de la estación se aclaraban las filas; los efectivos bajaron á 14.000 hombres, y hay quien asegura que al terminar el año el número real de combatientes no llegaba á 12.000. Los magníficos caballos que en Varna causaron mucha admiración y un poco de envidia habían muerto casi todos. Los ingleses acostumbran ocultar sus descalabros. Para disimular la disminución de sus fuerzas, instalaron, según se dijo, tiendas vacías en las alturas que rodean á Balaklava. A pesar de tales artificios, no pudo ocultarse la realidad. Faltándoles caballerías y coches de ambulancia, los franceses les prestaron parte de los suyos, á pesar de que no les sobraba ninguno. Las cartas particulares y hasta los mismos partes de lord Raglán dejaban presentir la verdad. Ciertas compañías quedaban reducidas á unos cuantos hombres, desalentados hasta la impotencia; unos prestaban sus servicios con una exactitud mecánica, pero sin celo ni esperanza; otros, en las trincheras, se exponían sin precaución alguna á las balas del enemigo; en muchos, finalmente, se observaban esas señales de triste atontamiento que se nota en los irlandeses en días de gran miseria; con el exceso de sufrimiento había desaparecido el deseo y hasta el instinto de la vida.

En tan dolorosas circunstancias, las operaciones militares quedaban casi suspendidas. No es que no estuviésemos impacientes por acabar, pero el invierno podía más que el ardimiento de los hombres. La dificultad de los aprovisionamientos obligaba á las baterías á escatimar su tiro. Los franceses continuaban lentamente sus trincheras contra la ciudad; los ingleses avanzaban con mucha más lentitud hacia Karabelnaia, y pronto habían de abandonarnos parte de su tarea. Los rusos efectuaban á menudo pequeñas salidas, más bien para sostener el espíritu de la guarnición que con la esperanza de una victoria. Todas aquellas escaramuzas se parecían. Protegido por la noche, el enemigo se escurría silenciosamente fuera de la plaza, se echaba de improviso sobre nuestras obras de sitio, se apoderaba de unas cuantas armas y herramientas, derribaban algunos lienzos de cestonada, y se retiraban dejando sobre el terreno algunos muertos y en nuestro poder algunos prisioneros. Al día siguiente publicábase en Sebastopol un relato exagerado del suceso, y los sitiados, creyéndose victoriosos, se estimulaban mutuamente en sus rudas labores. El daño para los nuestros era casi nulo, á menos que en una persecución imprudente se acercasen demasiado á los muros, porque entonces caían bajo el fuego de los baluartes y pagaban cara su temeridad. Todos los partes de los jefes de ataque, al salir de guar-

día, se reducían entonces á esta fórmula sancionada por el uso: *Sin novedad*. Sin embargo, estas palabras no eran del todo exactas. Si la acción militar de los rusos se limitaba á algunos encuentros sin importancia, en el interior de sus líneas su trabajo era incesante. Menos sensibles á las intemperies y menos abrigados que nosotros, aprovechaban el tiempo. Durante aquel sombrío y monótono invierno completaron su sistema de defensa, llevándolo á una verdadera perfección. En la parte de la ciudad construyeron nuevas baterías, ensancharon los fosos y consolidaron sus baluartes, particularmente el del Asta: detrás de los muros fortificaron sus barricadas, crearon reductos y artillaron todas las posiciones dominantes. En la parte de Karabelnaia terminaron la refeción de la Estrella Grande, tan castigada el 17 de octubre, ampliaron la Estrella Pequeña y transformaron sobre todo en una formidable defensa la torre de Malakof. Su actitud adquirió un carácter agresivo. Delante de los muros habían establecido emboscadas que poco á poco se transformaron en atrincheramientos desde los cuales los cazadores rusos pudieran amenazar ó atacar oblicuamente nuestros trabajos más avanzados.

Todo aquel aparato indicaba cuán grandes serían los obstáculos al reanudarse la guerra formal á principios de la primavera. Mientras tanto, había que atender á lo más urgente, y lo más urgente era vivir. La meseta del Quersoneso ofrecía un extraño espectáculo. En el fondo de la bahía de Kamiesch, donde estaban amarrados nuestros buques, empezaban á construirse barracones de tablas, bastante numerosos y apiñados para dar la ilusión de un pueblo. Allí se agitaba esa población maleante que el afán del lucro lleva en pos de los ejércitos: griegos, marselleses, judíos, levantinos, todos hablaban esa lengua heterogénea de las costas mediterráneas en que el gesto exuberante termina la expresión incompleta ú oscura; todos vendían sus mercancías: especias, licores, tabaco, lanerías, objetos de primera necesidad en cualquiera parte menos allí donde se convertían en objetos de lujo, á tan alto precio lo expendían los codiciosos traficantes. Desde Kamiesch hasta el campamento se prolongaba el camino, ora reblandecido por las aguas, ora endurecido por el hielo; estafetas, marinos, conductores de artillería, militares aislados, heridos, convalecientes, todos se cruzaban en el camino, comunicándole una animación continua, aunque algo sombría á causa del rigor de la estación y de la tristeza de las cosas. A lo lejos los vivaques aparecían hoy envueltos en las brumas, mañana cubiertos de nieve. Cada cual, según su previsión, sus necesidades ó su industria, había dispuesto su alojamiento; éste se contentaba con su tienda; aquél, más ingenioso, para escapar al frío, se había construido una covacha; otros, más afortunados, descansaban en campamentos de barracas. Los trajes eran tan variados como los alojamientos; el uno llevaba un abrigo de piel de carnero, el otro uno de esos capotes de capucha que más tarde se llamaron crimeanos; muchos llevaban medias botas procedentes de los rusos muertos: las barbas no afeitadas les daban todavía un aspecto más inculto. A veces, en medio de las tiendas, pasaba algún oficial, de guante nuevo y uniforme flamante, recién desembarcado, que hacía á sus jefes las visitas de costumbre: se le miraba con curiosidad y con un poco de ironía, y se recordaban

el bizarro porte y los minuciosos reglamentos de las guarniciones de Francia. Había una hora en que se animaban los campamentos, la hora en que los zapadores y los batallones de guardia partían para la trinchera y en que volvían de las obras de sitio los hombres que habían terminado su servicio: raramente volvían todos: se dedicaba un recuerdo á los muertos, y cuando éstos eran jóvenes, particularmente queridos y sucumbían al principio de una brillante carrera, el adiós postrero traducía una corta emoción. Fuera de estos momentos de actividad, los ratos de ocio eran largos en los vivaques. Los soldados francos de servicio se agrupaban en torno de algunos tizones cuya llama procuraban prolongar, ó se ingeniaban de mil modos para mejorar su alimentación y su abrigo. En cuanto á los oficiales, unos escribían sobre algún cajón, deteniéndose á intervalos para frotarse las manos entorpecidas por el frío; otros leían algún viejo fragmento de periódico, no sin manifestar frecuentes impacencias, pues encontraban en aquellos impresos los planes infalibles de los estratégicos de café y aquellas elucubraciones fantásticas les irritaban en grado sumo. «¿Se imaginan, decían, que Sebastopol va á caer como Jericó al toque de nuestras cornetas?» A menudo la conversación era interrumpida por el tiro de la plaza, ora rápido y brusco, ora lento y pasando entonces como una señal de socorro á través de la meseta. Cada cual, según su naturaleza, se amoldaba á los acontecimientos. Algunos, de salud robusta y esperanza tenaz, conservaban toda su energía y comunicaban su buen humor en torno suyo. Otros se exasperaban y decían: «Esto es el sitio de Troya,» y la comparación hizo fortuna. Había los estoicos que afectaban una silenciosa indiferencia. Había los estadistas, artilleros veteranos que se perdían en interminables cálculos y se entretenían en sacar la cuenta de los proyectiles gastados. Había los teóricos que consideraban el sitio como muy instructivo, como «una excelente escuela de aplicación para los jóvenes oficiales de ingenieros.» Había los positivos que, en cuanto podían, se escapaban á Kamiesch para hacer provisión de vino, te, ropa y bujías, volvían contentos con sus pobres riquezas y procuraban vivir lo menos mal posible, puesto que, después de todo, hasta el patriotismo aconseja que se viva. Algunos débiles y descorazonados pidieron que se les repatriara. Poco después de la batalla de Inkermann, el príncipe Napoleón, bastante enfermo, había marchado de Crimea. Otros le imitaron, pero pocos. Casi todos los combatientes hicieron cuestión de honor el no huir del peligro. En aquellas horas de oscuros sufrimientos, algunos jefes daban particular ejemplo de abnegación y heroísmo que el ejército se complacía en seguir. Entre estos jefes dignamente respetados figuraban el general Bizot, comandante de ingenieros, destinado á coronar con una muerte gloriosa una vida irreprochable; el bravo coronel Cler, acampado en medio de las tropas británicas y celoso de mantener y aumentar el buen nombre de las tropas francesas; el general Bosquet, que poseía más que ningún otro la confianza del soldado, y sobre todo el general Canrobert, modelo de todas las virtudes militares.

Y los días transcurrían todos iguales. Celebráronse con alguna tristeza las fiestas del invierno: la de *Santa Bárbara*, tradicional entre los artilleros; la de *Navidad*, particularmente grata á los ingleses; la de *Año nuevo*

en que se cambiaron votos melancólicos de felicidad; la de *Reyes*, tan popular en Francia, que se celebró en las tiendas con algunos ponches quemados en recuerdo de la familia y del hogar. El general en jefe había querido coronar con una solemnidad militar el año que concluía. Una reciente disposición imperial le había conferido el derecho de otorgar grados inferiores y cruces de la Legión de honor. El general Canrobert estimó justo y oportuno realzar la distribución de aquellas recompensas con el aparato de una revista. El 31 de diciembre, las tropas del cuerpo de sitio y de observación tomaron las armas y formaron en la meseta. Los uniformes deteriorados por tan larga campaña, las banderas agujereadas, las huellas aún visibles de los últimos combates, la proximidad de las fosas fúnebres en que ya descansaban tantas víctimas, todo daba á la escena una grandiosidad extraordinaria. Varias veces los acordes de las músicas militares fueron dominados por el estampido del cañón, señal de la lucha amortiguada, pero no interrumpida. Los generales Forey y Bosquet distribuyeron las cruces, cada uno á su cuerpo de ejército, en nombre del general en jefe; y luego el propio Canrobert, adelantándose á caballo en medio de las filas, dió con visible emoción las gracias á los soldados en nombre de Francia y del emperador.

VIII

Mientras los ejércitos aliados pasaban por las más duras pruebas, en París y en Londres reinaba una singular mezcla de sorpresa y decepción. El proyecto de la marcha á Crimea había parecido aventurado; pero una vez operado el desembarque, todo el mundo esperaba que Sebastopol caería muy pronto en poder nuestro. El *Times* creía conceder mucho señalando el plazo de un mes á la resistencia de la plaza. El lenguaje oficial no era menos optimista.

En medio de aquellas esperanzas cayeron sucesivamente los despachos de Crimea que anunciaron el bombardeo infructuoso del 17 de octubre, el combate de Balaklava, la destrucción de la brigada ligera y finalmente la batalla de Inkermann, victoria sin duda, pero muy diferente de la acción decisiva que se esperaba.

En París la emoción fué viva, aunque silenciosa. Decididamente el conflicto degeneraba en una guerra considerable; guerra que iba á ser larga y sangrienta y en que los desastres iban á alternar quizás con los éxitos, cualquiera que fuese la victoria final. Varias causas entristecían los ánimos. Reinaba el cólera, haciendo en muchas partes numerosas víctimas. La cosecha de 1853 había sido casi nula, la de 1854 mediana, y se temía que el invierno, tan rudo en Crimea, fuese también penoso en las casas pobres y en los talleres de Francia. Bajo tan tristes impresiones, los rumores poco favorables hallaban fácilmente crédito; hablóse de nuevos impuestos y sobre todo de levas extraordinarias. No era la prensa, reducida á la servidumbre, la que propagaba aquellos rumores; nacían espontáneamente y circulaban con asombrosa rapidez. Los prefectos procuraban calmar las inquietudes y averiguar quiénes eran los factores de falsas noticias, y no se cansaban de repetir que todo iba á pedir de boca. En esto se mostraban más optimistas que el soberano. Este publicó en 24 de no-

viembre una carta al general Canrobert manifestando su decepción, que era la de todo el mundo. El emperador terminaba anunciando importantes refuerzos y numerosas recompensas. Hablaban también de una próxima diversión en Besarabia, ya porque quisiera desorientar al enemigo é influir en las resoluciones de Austria, ya porque tal designio fuese realmente uno de los que acariciaba su espíritu inquieto.

En Inglaterra era mucho más ruidosa la expresión del sentimiento público. La extrema libertad de imprenta dejaba á la crítica todas las audacias. En las pérdidas de Balaklava é Inkermann la Gran Bretaña entraba por la principal parte. No se había recibido ninguna carta de Crimea que no señalase los vicios ó deficiencias de la administración militar. Habiéndose reunido el Parlamento el 12 de diciembre, el discurso de la Corona no disimuló la gravedad de las coyunturas. Al día siguiente, el ministerio presentó dos *bills*: el primero autorizaba la formación, por medio de recluta voluntaria, de regimientos de milicias para reemplazar, en el interior, en Malta, en Corfú y en Gibraltar, las guarniciones del ejército regular enviadas á Crimea; el segundo tenía por objeto permitir el enganche de soldados extranjeros. Los *bills* fueron aprobados, aunque no sin dificultad; no porque se les juzgase innecesarios, sino porque eran contrarios á las costumbres británicas. Después de este doble voto, las Cámaras se cerraron para las vacaciones de Navidad. Pero no quedó tranquila la opinión.

Los últimos días del año, que la tradición inglesa consagra á las fiestas, fueron días de agitación y de trastorno. La prensa arreció en su campaña contra la administración militar. Según informes de algún oficial inglés, prisionero de los rusos, valía más caer en manos del enemigo que tener que contar con la solicitud de las autoridades nacionales. Se comentaban sobre todo las confesiones escapadas á los consejeros de la Corona. En 12 de diciembre, en la Cámara de los lores, el duque de Newcastle, ministro de la Guerra, había evaluado en 53.000 hombres el número de soldados británicos enviados á Crimea (1). De estos 53.000 hombres 7 ú 8.000 componían los últimos refuerzos y bogaban hacia Quersoneso ó se hallaban estacionados en Constantinopla ó en Malta; de 12 á 15.000 formaban el efectivo válido acampado delante de Sebastopol. Pero ¿qué había sido de los demás? ¿Cuántos habían muerto en acción de guerra? ¿Cuántos de enfermedad? ¿Cuántos de miseria? ¿Cuántos, sobre todo, por la incuria del mando?

En 23 de enero de 1855, el Parlamento volvió á reunirse. El 26, en la Cámara de los comunes, Mr. Roebuck, diputado por Sheffield, presentó una demanda de información sobre el estado de las cosas en Crimea. Los miembros del gabinete Aberdeen comprendían que la opinión pública, en su decepción, reclamaba víctimas expiatorias. Uno de ellos, lord John Russell, más previsor que correcto, acababa de separarse de sus colegas como quien se aleja de una casa que amenaza ruina. Sir Sidney Herbert contestó al Sr. Roebuck. No negó el estado lastimoso del ejército inglés, pero lo atribuyó á causas generales, á inoportunas economías hechas en tiempo de paz, á la inexperiencia de ciertos oficiales, á

(1) Véase *Parliamentary Debats, Third series*, tomo CXXXVI, página 51.

la dificultad de los transportes desde Balaklava hasta el campamento, á la mala constitución de las oficinas de guerra. En la sesión siguiente, el canciller de la tesorería, Sr. Gladstone, con más elocuencia que esperanza, defendió la causa del gobierno. Procedióse á la votación, y 305 sufragios contra 148 se declararon por la información, pronunciando virtualmente la caída del ministerio.

La *Marsellesa*, aun cantada en inglés, no tiene el don

sobre el emperador de los franceses, y, sobre todo, de su temperamento político, tan identificado con el temperamento inglés. En tales circunstancias, supo justificar la elección de su soberana devolviendo la tranquilidad al país y la confianza al Parlamento. Adelantóse á la obra de la comisión parlamentaria de información al extremo de hacerla superflua. A su iniciativa, aceleráronse los transportes; encargáronse tiendas, vestuario y objetos de toda clase; empezóse el ferrocarril que había de



El general Niel

de crear soldados. En vano los periódicos hostiles al gabinete anunciaron una nueva era, predicando los grandes sacrificios. La verdad es que los donativos voluntarios aflúan, pero soldado voluntario no se presentaba ninguno. A los antiguos apuros se añadió el de formar nuevo gabinete. La reina pensó sucesivamente, para la presidencia del consejo, en lord Lansdowne, que era demasiado viejo; en lord Derby, que era muy elocuente, pero que no disponía sino de una mayoría muy precaria; hasta en lord John Russell, á quien su reciente defección había desacreditado mucho. Por último, la elección recayó en lord Palmerston. Este tenía sobre sus antecesores la ventaja de su popularidad personal, de sus relaciones en todos los partidos, de su influencia

poner á Balaklava en comunicación con el campamento inglés; y dictáronse medidas para reorganizar los hospitales, mejorar los servicios médicos y sanear los vivares (1). Con una mezcla de firmeza y de soflama, el hábil ministro evitó todas las proposiciones que hubiesen consagrado la ingerencia del Parlamento en la dirección de la guerra. La preocupación dominante del primer ministro fué la de reforzar el ejército inglés, cubriendo las bajas y aumentando los efectivos. Para esto contaba menos con sus compatriotas, muy valientes, pero poco militares, que con los extranjeros. Su activi-

(1) Carta á lord Raglán, 22 de febrero de 1855 (*The life of viscount Palmerston*, tomo II, pág. 308).